

Myrna A. R. Dent

¿Si tan sólo se le cambiara de etiqueta a la ciencia?

Ciencia Ergo Sum, vol. 14, núm. 3, noviembre-febrero, 2007

Universidad Autónoma del Estado de México

México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=10414301>



Ciencia Ergo Sum,

ISSN (Versión impresa): 1405-0269

ciencia.ergosum@yahoo.com.mx

Universidad Autónoma del Estado de México

México



¿Si tan sólo se le cambiara de etiqueta a la ciencia?

Los científicos normalmente hablamos y escribimos para los científicos, de manera que el lenguaje que utilizamos es el mismo. Sin embargo, cuando queremos mostrar los problemas a los que nos enfrentamos necesitamos entablar una comunicación con el sistema político del país, que en ocasiones resulta muy difícil porque hablamos distinto lenguaje, es decir, tenemos puntos de vista y prioridades diferentes. Ya no vivimos en los tiempos de Leonardo da Vinci, cuando el rey era el apoderado y Leonardo vivía en el castillo sin preocuparse del dinero necesario para sobrevivir y realizar sus experimentos. Ahora vivimos en una sociedad globalizada, a la cual la ciencia también se encuentra sujeta. De manera que estamos necesariamente limitados por unos cuantos políticos que designan los recursos presupuestales que se adjudican al desarrollo de la ciencia. Este presupuesto varía dependiendo del país en donde uno trabaja. En el Primer Mundo el presupuesto corresponde a una buena rebanada del pastel, mientras que el asignado en el tercer mundo se caracteriza no sólo por ser magro, sino que tiene la etiqueta de ser “un artículo de lujo”.

Cuando se tiene que gobernar entre iguales se deben inventar las reglas del convencimiento y de la razón, es decir es necesario argumentar, convencer, disuadir, refutar, comparar, etc. En el mundo moderno nos enfrentamos a un número cada vez mayor de situaciones que son cruciales, como la globalización, las redes informáticas, patentes, etc. De manera que al hablar de la ciencia también se requiere enmarcarla dentro de este contexto, es decir es cambiar los enfoques que anteriormente se utilizaban y darle un giro *diferente* a su desarrollo; para lo cual es necesario entablar una comunicación entre los científicos y los políticos que definen “las políticas científicas”, y para ello se requiere que las dos partes hablen el mismo idioma. Sin embargo para exponer nuestro punto de vista nos enfrentamos con una enorme dificultad, al tratar de explicar a alguien una cosa que cree que ya sabe, aunque su conocimiento se encuentre plagado de errores. La situación económica latinoamericana es coherente con la respuesta de sus gobernantes, quienes cada vez que se propone desarrollar la ciencia moderna dicen: “Prometemos apoyar a los investigadores en cuanto resolvamos otros problemas más graves y urgentes”. Optar por la ignorancia es asegurarse de que no se resolverá el problema y se olvida que lo que la ciencia hace es precisamente resolver problemas. Así, mientras los países del Primer Mundo se apoyan *en* la ciencia, los del Tercero hablan de apoyar *a* la ciencia.

En consecuencia, el analfabetismo científico que los países subdesarrollados padecen hace que sean pueblos sojuzgados, ya que les impide analizar su propia situación económica y sus mecanismos sociales. Se genera además una cadena porque los países tercermundistas se encuentran económicamente arruinados debido a sus deudas económicas originadas por su misma ignorancia y la falta de una visión del mundo compatible con una sociedad moderna del tipo de las que hay en el Primer Mundo. La ignorancia se traduce en dependencia económica.

Instituciones financieras internacionales como el Banco Mundial o el Fondo Monetario Internacional reconocen la importancia de la educación para el desarrollo de un país, pero sostienen que las mejoras económicas deben ir primero. Esto condiciona a los países subdesarrollados a enfocarse sobre la parte económica y descuidar la educación. Está claro que a estas instituciones financieras no les interesa que los países latinoamericanos tengan un desarrollo sustentable, sino que tengan políticas afines a sus propios intereses. Así, si el conocimiento da ventajas y seguridades, la ignorancia es una fuente de peligro y angustia y hace que el ser humano se sienta desprotegido y vulnerable.

Los países del Primer Mundo seguirán teniendo el poderío mientras la mayor parte de la ciencia y la tecnología se desarrolle allí, porque no sólo tienen los elementos y la infraestructura necesaria para desarrollar la investigación, sino que saben que de ella depende su independencia y que la globalización es sólo una forma de incrementar su poder. Por ejemplo, algunas de las empresas del Primer Mundo que operan a nivel mundial se ven obligadas a destinar parte de sus ingresos a la investigación y desarrollo de sus productos. Sin embargo, a pesar de tener un mercado superior en los países del Tercer Mundo que en la casa matriz, la empresa invierte en investigación y desarrollo en los países del Primer Mundo, simplemente porque se tiene la infraestructura y sobre todo el personal altamente calificado.

En México, la comunidad científica se limita a un sector muy pequeño de la población, por lo tanto se carece de un aparato científico-tecnológico productivo como el de los países del Primer Mundo. Sin embargo, nuestro país no puede recortarse del planeta e impedir que las empresas transnacionales compitan con sus productos y servicios. De tal modo que los empresarios, científicos y técnicos tendrán que competir de entrada con los mejores del mundo, lo cual significa que literalmente se pondrán "con Sansón a las patadas" porque la ciencia y la tecnología en México son incipientes y su desarrollo siempre se posterga para un futuro no lejano.

Si fuera posible entablar una comunicación con los dirigentes de este país y ellos entendieran, revisaran sus bases éticas, su visión de la realidad y la compararan con la que se necesita para abrirse camino en el mundo moderno, tendrían en sus manos la herramienta fundamental del cambio, ya que es necesario generar políticas de desarrollo del aparato educativo de largo plazo para tratar de erradicar el analfabetismo científico en que México se encuentra. En este momento se tiene todavía la posibilidad de generar un verdadero cambio que permita a la educación y a la investigación como prioridades, de manera que genere un desarrollo real y sustentable. Si no se contrarresta la miopía política en nuestro país y se genera un verdadero cambio de base, las posibilidades de caer en el oscurantismo permanente son cada vez mayores. Quizás, si tan sólo le quitáramos a la ciencia la etiqueta de "artículo de lujo" y la cambiáramos por una etiqueta de "primera necesidad" podríamos entablar una conversación real entre políticos y científicos a fin de generar una verdadera transformación tanto en la educación como en el desarrollo científico del país.

Myrna A. R. Dent
Coordinadora del área de Ciencias de la Salud Humana